LOS ENCUENTROS

Vicente Aleixandre nos cuenta en su último libro (1) cómo conoció a sus amigos los poetas de toda España. Y, de cuando en cuando, entre poeta y poeta, algún insigne prosista, algún maestro de otro tiempo al que alcanzó a hablar, a solamente ver, a apenas vislumbrar cuando Vicente era todavía adolescente. Hermoso libro del que ya se empieza a hablar y del que se hablará mucho y por mucho tiempo. Precioso documento por su valor de identificación física y etopeica y por las luminosas bellezas de su magistral estilo. Constituyen estos *Encuentros* unos nuevos *Claros Varones de España,* y el arte iconográfico literario que se inició con Ayala y Pérez de Guzmán y que luego tan insignes cultivadores ha tenido en nuestras letras, alcanza ahora, después del precedente inexcusable de los *Españoles de tres mundos,* de Juan Ramón Jiménez, su desarrollo más pleno.

Ante todo, lo que nos admira en *Los encuentros* es la prosa misma, el estilo del poeta en prosa, tan poeta como en su inconfundible verso. No era nueva la experiencia. Uno de sus libros más hondamente poéticos, *Pasión de la tierra,* estaba escrito en prosa, una prosa borbollante, primaria y apasionada, de signo casi suprarrealista y de intensa eficacia sugeridora. Luego sus discursos académicos, tan señoriales y jugosos. Pero ahora es distinto. Porque esta prosa de *Los encuentros* es algo nuevo en la prosa española. Aunque no del todo en el arte de escritor poeta de Aleixandre. Esta prosa es exactamente el reverso del verso o versículo de su reciente *Historia del corazón.* Este nuevo libro es, además, también historia del corazón, de muchos corazones sorprendidos, cazados en la malla de un artista de gran corazón del bondadoso y generoso Vicente Aleixandre. Lo que aquel libro era en la historia del verso aleixandrino, eso mismo es éste en la evolución de su prosa. Tratemos de esclarecerlo.

La poesía en verso o prosa, imaginada o reflejada de la realidad, puede decirse, sugerirse, fijarse incisivamente o simplemente tantearse a toques sucesivos, a manchas, pinceladas, corrimientos, frotaciones, veladuras. Esto exactamente es lo que hace el nuevo retratista. Asistimos en su prosa, como en el verso de *Historia del corazón,* al hecho mismo del retratar, del crear, del crear la materia prosística y el cuerpo, el alma, la luz del retratado. Como en una película—esa de Picasso en su estudio dibujando, pintando a la vista del espectador casi como si lo hiciera en la misma pantalla—, así Aleixandre a la vista del lector va dibujando,

(1) Ediciones Guadarrama. Madrid, 1958.

manchando, coloreando su lienzo prosístico. El retrato, el hombre mismo, el amigo querido (porque si algún compañero le resulta antipático se limita a no incluirlo en su galería, dándole con ello una lección de elegancia moral) va surgiendo, inventándose, naciendo ante el lector asombrado, asombrado sobre todo si le conoce, de la fidelidad y de la delicadeza increíble con que a fuerza de insinuaciones, rectificaciones y aparentes dudas, va saliendo limpísima, vivísima la efigie.

En nada se parece este arte exquisito al de los otros retratistas que le han precedido. No son caricaturas líricas, son auténticos retratos y de técnica muy variada dentro de la comunidad del estilo. Estilo no tan torturado y artificioso como el de otros grandes maestros de nuestro siglo, pero tampoco tan sencillo y correlativo de la realidad como el de los muy pocos que aciertan con la suprema elegancia sin caer en la vulgaridad. Vicente evita a un lado la vulgaridad y al otro el forzamiento estilístico. No es ni lengua pura ni estilismo. Es estilo. Y siempre mueve su mano el amor, el cariño de su gran corazón. Estos retratos haciéndose, estos encuentros viniendo a juntarse, tocándose siempre por vez primera, son el milagro del tiempo y el espacio fundidos en uno, lo sucesivo quedando en lo simultáneo. Música de la pintura y film del alma transparentándose a través del cuerpo. Un ejemplo—desgraciadamente muy fragmentario; tan sólo algunos momentos del retrato—ayudará a comprenderlo. El del gran poeta catalán José María de Sagarra:

"Su cabeza se me antojó, la primera vez que la vi, la de un entonado clérigo antiguo. ¿Renacimiento? ¿Siglo XVIII? Demasiada precisión. Pero a una hora crepuscular creí entrever eso. Su mano inteligente absolvía muchos pecados literarios... y muchas fealdades. La cabeza monda y tostada, embebida de largos soles mediterráneos, tenía otras calidades, sin embargo, si nos deteníamos a contemplarla. No era florentina aquella nariz afilada, sino catalana de cepa pura, que descendía rigurosamente hasta pender con equilibrio sobre la inminente realidad que se desplegaba. La mejilla, fatigada y carnosa, me hacía pensar en algún prestigioso mármol tarraconense. La boca era fina, casi demasiado, y, pequeña, se antojaría cruel en su patente dibujo, si no fuese por la luz esparcida que al sonreír con simpatía irradiaba para la faz completa." Hasta aquí la prosa de Aleixandre. ¿Ya está el retrato? Aún no ha hecho más que empezar. El pintor no está contento. Ha de recordar la primera vez que le vió en el Ateneo barcelonés. Sobre todo, falta el oído: "Le oí conversar: pastosa palabra. Escuché su dicción, de sonido tan nítido que daban ganas de dibujarlo." Y sigue superponiendo otros Sagarras, toda una genealogía de Sagarras posibles o reales de otros siglos. Y de todos ellos surge definitivo el retrato.

GERARDO DIEGO